

DOS NÚMEROS POR SEMANA.

Recreo, moralidad, instrucción.

PRECIOS.

MADRID.

Tres meses . . . . . 9 rs.  
Seis id. . . . . 16 "  
Un año . . . . . 30 "

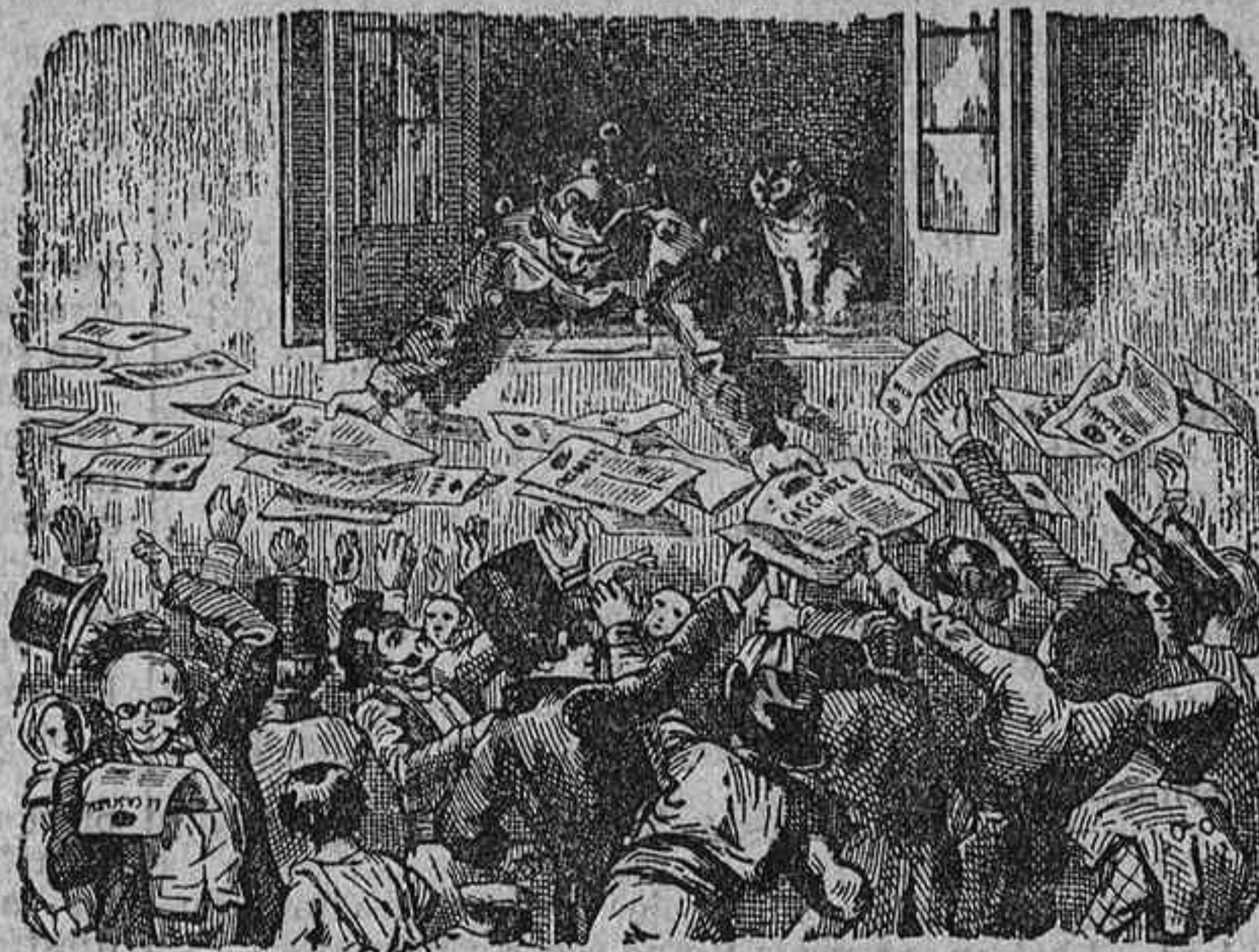
PROVINCIAS.

Tres meses . . . . . 10rs.  
Seis id. . . . . 18 "  
Un año . . . . . 34 "

DIRECCION.

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.

Examinado en la Fiscalía el jueves 31.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

Literatura, ciencias y artes.

PRECIOS

EXTRANJERO.

Tres meses . . . . . 22 rs.  
Seis id. . . . . 38 "  
Un año . . . . . 74 "

En París recibe suscripciones y anuncios para EL CASABEL, M. E. Pierron.—Boulevard Magenta, 101.  
Se suscribe en la Habana, Propaganda Literaria, calle de la Habana, núm. 100.

AMÉRICA.

Seis meses . . . . . 25 rs.  
Un año . . . . . 50 "

FILIPINAS.

Seis meses . . . . . 30 rs.  
Un año . . . . . 60 "

ADMINISTRACION.

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.



# EL CASABEL.

DIRECTOR Y EDITOR, D. C. FRONTAURA.

POLÍTICO Y LITERARIO.

ADMINISTRADOR, D. F. PEREZAGUA.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL CATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

## COSAS DEL DIA.

En un periódico de esta corte, leo que un joyero de la misma corte, el señor Samper, ha regalado al autor de la comedia *Quien debe paga*, en la que por incidencia se cita la joyería del supradicho joyero, unos gemelos con no sé cuántas perlas, y la palabra *Recuerdo*.

¡Hombre! sea enhorabuena. No he de ir yo á criticar que un joyero regale una joya á un autor, que de seguro todo lo esperaría de su comedia, menos unos gemelos con no sé cuántas perlas, y que citaría la joyería de Samper como pudo citar la de otro cualquiera.

Lo que yo no veo necesario, es decir en un periódico que un joyero ha regalado á un autor gemelos, porque este anuncio que á nadie interesa, puede parecer lo que se llama un *reclamo*, y el señor Samper me parece que no necesita reclamos para vender joyas, pues harto bien puesta tiene ya su fama.

De manera, que quien ha llevado la noticia al periódico, que no habrán sido ni el señor Samper ni el autor de la obra, ha pecado por demasiado oficioso.

Yo, cuando regalo un pavo á alguna persona, me guardo muy bien de ir á poner en el periódico:

«El Director de EL CASABEL ha regalado ayer un pavo á una amiga suya, cuyo pavo llevaba la siguiente inscripción en un papel, pegado en el ala izquierda: *Va cebado*»

Para noticias que se refieren á hechos que pertenecen á la vida privada, debían estar cerrados siempre los periódicos.

El señor Samper regala unos gemelos. ¿Y qué?... Hace bien; dichoso él que puede espontanearse de esa manera.

El autor de la comedia los recibe. ¿Y qué?... Hace perfectísimamente bien; una persona bien educada no puede hacer un desaire á otra persona digna también.

Pero luego viene un periódico, y cuenta lo del regalo.

Y ¿qué?... ¿por qué?... ¿para qué?... ¿Que le importa eso al ilustrado público?...

Lo que se hace con eso, es proporcionar un disgusto á la persona que ha hecho el regalo, que ve público un acto enteramente privado.

¿Qué necesidad tenía el señor Samper de que se hablara de él á ese propósito en un periódico, de que luego lo copien los demás, y de que hasta EL CASABEL meta su cucharada en este asunto?...

Ni el señor Samper, ni el autor de la comedia, necesitan para nada ese sueltécito en *La Correspondencia*.

Además, hecho público este acto galante del señor Samper, ya no puede ningún autor citar en sus comedias establecimiento alguno, porque con este precedente, el dueño del establecimiento citado en la comedia, se creará, por no ser menos, en el caso de hacer lo que ha hecho el opulento joyero, lo cual, despues de todo, no deja de ser una contrariedad para un autor.

Mañana escribo yo una comedia, y en ella pongo, por ejemplo, estas palabras en boca de una señora y de una criada:

—¿De dónde vienes, Tomasa?  
—Señora, ya ve usted el cesto, ya puede V. presumirse, señora, de dónde vengo...  
—Vamos á ver que has traído.  
—Mire V., tocino fresco del almacén de Juan Rovo, que está en la calle del Perro, que tocino como el suyo no lo hay en Madrid... (y luego yo pongo dos cuartos más, y él me lleva otros dos menos.)

¿Qué resulta de estos versos?... Que al otro día recibí, un jamón, y un par de libras de salchicha.

No hay mas que renunciar á citar establecimiento alguno en las comedias.

\*\*\*

Los periódicos dicen unas cosas peregrinas. Pongo por caso: *El Español*, hablando de lo bien que, segun parece, se cocian los billetes hipotecarios, encarece el patriotismo de los que los toman.

Yo no niego el patriotismo de los que los toman. Pero diga V., amigo, los que no los tomamos, ¿no tenemos patriotismo?...

Los que los toman tienen patriotismo, eso no lo negaré yo, repito, pero por mas patriotismo que tuvieran, si no tuvieran dinero, no tomarian el menor billete hipotecario, como me sucede á mi.

Y luego, aun tengo otro argumento: los billetes hipotecarios cuestan dinero, es verdad, pero dan un interés, y luego se amortizan, es decir, que el dinero que se emplea en billetes hipotecarios, se recobra luego con el aumento correspondiente.

Protesto, pues, que no es un acto de patriotismo dar 2,000 para cobrar 2 000 y tantos, y que el que tiene dinero para emplearlo en cualquier cosa que le produzca dinero, lo emplea en eso, porque sabe que le ha de producir. Y como lo cortés no quita á lo valiente, el que entra en ese negocio, que es muy buen negocio y muy licito, será patriota, porque es español, y porque los españoles tenemos el patriotismo, como quien dice, en la masa de la sangre; pero no se considerará el mas patriota que los demás porque emplea su dinero en un papel de segura ganancia.

Otro argumento. Si unos cuantos franceses é ingleses toman billetes hipotecarios, ¿daran con esa accion una prueba de patriotismo en España?...

Por Dios, señor *Español*, no diga V. esas cosas, que el Gobierno ni nadie las puede aplaudir.

El que no tome billetes hipotecarios que le puedan dar ganancia, no tendrá dinero, pero patriotismo, si.

Si son grandes patotas los que toman billetes hipotecarios, habrá que decir en lo sucesivo:

«Para ser patriota se necesita tener disponibles, para emplearlos en billetes hipotecarios, de 2000 rs. arriba.»

Hable V., señor *Español*, cuanto quiera del buen resultado y pronta colocacion de los billetes hipotecarios, y yo no le diré á V. ni una palabra en contra, que en cuestiones de hacienda no soy mu fuerte, y creo que la intencion del Gobierno será la de hacer en pró de la misma cuanto pueda; pero por la Virgen Santísima, no diga V. esas cosas, que le dejan á uno con la boca abierta.

\*\*\*

Estos dias no he tenido cartas de Roma. Verdad es que á mi no me escribe nadie de allí.

Pero podía escribirme yo en Madrid desde Roma, que milagros mayores se hacen en los periódicos y el público no los conoce.

Tengo que atenerme á lo que dicen los periódicos, que hagan VV. cuenta que es como atenerse á nada, porque todas son contradicciones, y cada uno pone la cuestion bajo el punto de vista mas favorable á sus ideas.

Los franceses ya están allí.  
Veremos á ver qué hacen.  
Los italianos ya están allí.  
Allá v. remos por dónde salen.  
Garibaldi ya está por allí.  
Veremos si le prenden ó si no le prenden, ó si se vuelve á Caprera, ó si se retira á la vida privada, y pone una casa de empeños ó de huéspedes ó cosa así.

Napoleon ha dicho que va allí, á Roma, á poner las cosas como estaban, en virtud del convenio entre Italia y Francia, haciendo respetar así este convenio.

May bien; pero dice también, que despues de pue-

tas las cosas como estaban, las tropas se volverán á Francia.

Entonces voy á contar á VV. una cosa.

\*\*\*

En mi casa vive un zapatero que le pega soberanas palizas á su mujer, que es una buena mujer, que tiene la desgracia de estar casada con un borrachín.

Cuando el marido la sacude, grita, llama, y acude un vecino compadre del marido, hombre prudente, que le quita el palo al borracho, y se está allí todo el dia para evitar que continúe la desagradable escena.

Llega la noche y se va, y vuelve el marido á provocar á la mujer, y á la menor contestacion de ésta, vuelve á empezar la paliza, y ya tienen VV. otra vez al compadre en casa de sus vecinos para hacer entrar en razon al marido.

Esto sucede todos los dias, y ayer, en el portal, decia el zapatero á su compadre:

—Mire V., compadre, si no quiere V. que yo pegue á mi mujer, véngase V. á vivir con nosotros... Quiere decir, que en haciendo V. el gasto... ¡vamos! que con V. no me atrevo, porque al cabo es V. mi compadre...

\*\*\*

Los zuavos pontificios se están portando admirablemente en defensa de S. S.—Son muchos menos que sus enemigos, y hacen frente á cuantos se presentan.

La solucion de esta gravísima cuestion, es cosa difícil por extremo. La Providencia hará lo mejor y lo mas conveniente.

## ESTUDIANTES DE LA TUNA.

(Cuento picaresco.)

### CAPÍTULO II.

DONDE TODOS QUEDAN FUERA DE COMBATE.

(Continuacion.)

#### IV.

A la media hora de tan cómica ocurrencia, hablaba el seudónimo con el auténtico César.

—Hace poco, le decia seriamente, iba á cruzar la plaza de Bib-arrambla, cuando me salió al encuentro un teniente coronel mínimo, ó sea subalterno, ó sea jefe de *alferecia*...

—Adelante.

—No me quedará atrás, Deo favente. Pero no me interrumpas, que es cosa grave el asunto. Un ente es el tal alférez, y tonto, y feo, y flaco... Si le sacades tú un puntapié, hazte cuenta de que no queda residuo.— ¡Cómo se entiende! me grita, *suple ille*, con voz de mando en jefe. ¿Cómo ha osado V., cuervo enemigo, poner sus ojos en mí...

Y Bruno se interrumpió como recordando.

—¡Memoria maldita! añadió luego. No recuerdo si dijo Blanca, ó Paca, ó...

—¡Paula tal vez? preguntó César receloso.

—Justamente, repuso el otro, Paula.—¿Cómo ha osado V., cuervo del demonio, poner sus ojos en mi futura Paula?—Hombre de Dios ó del diablo, le dije, yo no sé de qué me habla V.

—V. puso en su balcon un ramo, y en el ramo un billete de amor, amor expresado en versos, muy malos por cierto. —¿Qué entiende V. de poesia?—Yo entiendo de

todo, señor don César Febeo y Ritmo.—Perdone V., mi alférez, que yo no soy el tal César.—V. oculta su nombre de miedo.—¡Quien tal me dijo! mi querido César. ¡Miedo yo! ¡aquí fué Troya!

—¿Qué hiciste? preguntó César.

—Pues ¡qué había de hacer? Lo que aconsejaba el honor: terciarme el manto, echarme atrás el tricorno, y echando espumarajos por la boca y fuego por los ojos y narices, aceptar en tu nombre el desafío.

—¿Conque fué á desafiarte? dijo César.

—A mí nó, hombre, contestó Bruno, sino al amante de Paula, á su rival, como era justo, es decir, lógico.

—¿Amas tú por dicha ó desdicha á Paula?

—Por dicha la amo y la amaré hasta morir.

—Pues que morir tienes, hijo, sino matas á tu rival. Por fortuna, si le sueltas un puntapié no quedará resíduo de alférez. Además, yo estaré allí para infundirte buen ánimo como testigo de muerte; salva sea la parte. Y aun he de hacer más por tí, para que veas á donde llega mi sincera y fiel amistad. Si ya en el campo del honor tienes miedo, no tienes mas que confesarlo así, en alta voz, y yo me batiré por tí, según las leyes del duelo.

—No haré yo semejante indignidad.

—Yo así lo espero; mas por si forte... cuenta siempre con mi valentía.

—Gracias.

—Y no te arrepientas de tu amor: el amor que no llega al sacrificio, no es amor, es comezon de la carne. Ea, voy á ponerme de acuerdo con el otro padrino: espérame aquí, vuelvo pronto.

Y Bruno partió diligente, dejando á César como desesperado.

CAPITULO III.

COMO SE DESENERGA LA TRAMA Y SE DA BRUNO A TODOS LOS DIABLOS.

I.

A las altas horas de aquella misma noche, vino Roque con los otros sopistas de comparsa, á dar una serenata á la codiciada Paula.

Con esto la muchacha, que era flarmónica, hubo de pasar la noche desvelada y aun en pié, yendo y viniendo al balcon, donde pasaba largos ratos en compañía de su padre, que ó no la quería dejar sola, ó era también flarmónico, aunque á oírlo á él, lo que es flarmónico no era, sino alpujarreño.

Como el punto de reunion de los duelistas era aquella misma plaza, Bruno, que merced á sus ardidés nada tenía que temer por su pellejo, había acudido á la cita una hora antes del alba, cuya incierta luz debía guiar al campo del honor; y no encontrando enemigos, se incorporó á los amigos, ó sea á los pitos y demás instrumentos músicos.

He aquí la letra de esta serenata, que ponemos en música para más divertimento.

No hay enigma literario  
que ad lucem no hayamos vuelto;  
mas del arte culinario  
ni un principio hemos resuelto.

Diremos en honor de Bruno que se salía de tono y de compás, y aun de letra, mordiendo, digámoslo así, la cola de cada verso, ó sea de cada pensamiento de Roque, músico mayor que llevaba la *battuta* de la orquesta.

Ved de qué modo. Es un diálogo:

—Su adiós te da el caballero  
—(Es barbero.)  
que á cantar vino su afán.  
—(El del can.)  
—Sin tí no vivo, y espero  
tu amor, de mi vida imán.  
(Léase pan.)

Echada la despedida, y ya en actitud de marcha aquella hambrienta milicia:

—¡Alto, carísimos! dijo Bruno. Por la fé y trasquilón de mi sagrada tonsura, vínome *ad nasum* un olor divino.

—En efecto, contestaron los otros olfateando á guisa de podencos.

—Y el olor *divino*, añadió Bruno, va en progresion creciente.

—Así es la verdad, contestaron los podencos.

Y así era, pues muy luego abrióse la puerta de aquella Dulceina, y salió un viejo criado del presunto suegro de todos, trayendo en una mano medio jamon salado y en otra una bota entera de vino dulce.

—¡Oh! ¡sana moral! exclamaron todos á un mismo tono ó desentono, haciendo al criado las zalemas debidas al generoso amo.

—Señores tunantes, dijo el enviado saludándolos con toda reverencia.

—Muy señor nuestro y respetable amigo, contestaron todos, devolviéndole el saludo con la misma reverencia.

El crido acreditó su embajada con toda esta letra menuda:

—Atento mi señor amo al usequio y regalo de vuestras dinas mercedes, me manda que traiga y ponga en vuestras manos las frioleras siguientes:

Y el bueno del viejo entregó la cena, ó sea el almuerzo, á la hambrienta estudiantina, representada por Bruno, quien tomando voz de mando en esta como en todas las ocasiones solemnes, tomó el pernil y la bota, que cubrió con su manto, no sin hostilidades por parte de sus colegas.

—Malo no es, señores míos, el vino, ni ménos el pernil, continuó diciendo el viejo; pero mi amo, que quisiera enviáris tortas de alfajor, suplica á vuestras mercedes perdonen....

—¿Qué es perdonar? interrumpió Bruno con aprobación de todos. *Cedant arma togæ*, ha dicho Ciceron, ó lo que es lo mismo, *ceda todo al jamon*.

—Pues si lo dijo Ciceron, no hay más que decir.

—Perdóneme V., que hay que decir algo más. Diga V. á su amo, muy señor mio y de todos estos honrados tunantes, que le agradecemos de todo corazón, ó sea abdomen, su usequio y regalo, y que una vez que le place el *do, das, re, mi, fa, sol*, todas las noches del año tendrá la misma funcion, y que si faltare alguno, olvidando este favor, por mi cruz y santiguada, no será este.... gorrion.

—Ni éste, contestaron todos á la vez, haciéndose una alusion personal.

—Así lo diré, dijo el criado.

Y esto diciendo, volvió á dar cuenta de su mision, mientras los sopistas las echaban (suple sopas) de magra de jamon, con mucho caldo de vino.

NOTA. El pan se nos ha olvidado á nosotros, no al amo ni al criado, quien lo trajo adjunto á la bota y al pernil.

II.

—Comed con ménos hipérbole, por si acaso miraran desde el balcon, prevenia Bruno á sus comensales.

—Trae, trae el líquido, decia otro, harto ya de sólido.

—No lo probareis ninguno, contestó Bruno, dueño siempre de la bota, si no brindais por mí.

—Pues brindis.

—Figuraos que soy el César, añadió Bruno á media voz.

—Pues brindemos por el César.

Y por el César brindaron sencillamente todos los tunantes.

—Cuando hasta los hombres le quieren, decia para sí una Paula asomada á su balcon, ¿qué hará una mujer?

(Se continuará.)

DOS PALABRITAS  
SOBRE LAS CORRIDAS DE TOROS.

Hace muy poco tiempo, si mal no recordamos, que en algunos de los ilustrados periódicos que ven la luz en esta capital se suscitó de nuevo la ya debatida cuestion acerca de los inconvenientes de las fiestas tauromáquicas, que desde luengos años vienen siendo una de las diversiones más populares del pueblo español.

Después de lo que sobre esta materia se ha dicho ya y por personas autorizadas lo bastante para tratarla debidamente, claro está que nosotros no deberíamos añadir nada á lo expuesto anteriormente; pero como todos nos sentimos atacados (unos más que otros,) de esa comezon insaciable de hablar de todo, aunque no nos importe maldita de Dios la cosa, y como por otra parte, nos anima el buen deseo de que se vayan poco á poco completando los elementos necesarios que nos faltan para llegar al mayor grado posible de perfeccion y adelantamiento en todas las cosas, de aquí el que no podamos renunciar á traer otra vez á la palestra esta cuestion, que debe ser de alguna importancia, en el mero hecho de haber sido tan debatida y estudiada.

Sentados, pues, estos preliminares, y preparado convenientemente el terreno, vamos á referir al lector un diálogo que sobre este asunto oímos dias pasados por casualidad, y que nos apresuramos á copiar, sin quitarle ni ponerle una coma.

El lector, que apreciará con su buen criterio las razones que los dos interlocutores, cuyo diálogo vamos á copiar, aficionado el uno hasta la pared de enfrente, como suele decirse, y enemigo el otro de esta clase de espectáculos, emplearon en pró y en contra respectivamente, formará su juicio, y completará nuestro pensamiento, sin que por esto pretendamos hacerle eco y partícipe de nuestros sentimientos.

El diálogo que oímos, y que trasmitimos íntegro á nuestros lectores, es el siguiente:

—¿Qué tal, don Justo?... ¿Cómo va de salud?

—No mal del todo, ¿y V.?

—Tirando nada más, pero al fin se tira.

—Eso es lo principal. V. tan alegre y tan divertido siempre, ¿eh?

—Y qué hemos de hacer... en este mundo no saca uno en limpio mas que lo que se divierte; y á propósito de diversiones, ¿estuvo V. ayer tarde en los toros?

—Quite V. allá, hombre, ni por pienso; ¿yo había de ir á ver esa barbaridad?...

—¡Tá! ¡tá! ¡tá!... y por dónde se descuelga ahora el bueno de don Justo; ¡pues tendría mucho de particular! ¿No estuve yo y otras seis ú ocho mil personas más? Me parece que nada hubiera tenido de particular que se hubiese V. descolgado por allá.

—No en mis dias; y no solamente no asisto á esa clase de espectáculos, sino que no comprendo cómo hay quien vaya y diga después que se ha divertido.

—Pues amigo mio, eso es muy fácil de comprender; aquí me tiene V. á mí, que fui y me divertí de lo lindo.

—Sea muy enhorabuena, ¿V., por lo visto, es lo que se llama un verdadero aficionado?

—¿Que sí lo soy?... Con toda mi alma; por una corrida de toros dejaría yo todo lo que hay en este mundo; aquella alegría... aquel bulicio, ¿á quién no le seduce y le arrastra? De una parte la animacion que se pinta en todos los semblantes, de la otra la algazara y la confusion que reinan en todas partes....

—Sí... amenizadas de vez en cuándo por alguna paliza, bofetón ú otros excesos...

—Quite V. allá; ¿quién piensa en eso? Esas son frías, pequeñas que no merecen la pena de que se hable de ellas, y que, por otra parte, ni siquiera se echan de ver en medio del contento general.

—Lo creo: solo en las espaldas de algun particular.

—¡Tomal! ¡tomal! y por ventura, ¿no ocurren esos lances mas que en los toros? ¿No los vemos á docenas en otros sitios; que por las condiciones que reúnen, deberían ser más respetados y mas dignos?

—Sin duda alguna; pero como ahora no nos ocupamos de esos sitios que V. quiere dar á entender, y si solo de los circos taurinos ó tauromáquicos, no dejará V. de convenir conmigo en que los palos, los bofetones, las blasfemias, los epitetos más groseros y humillantes que se dirigen á los toreros, con otras cuantas adherencias, que van unidas á esa clase de espectáculos, son uno de los entremeses más variados que observamos en ellos, si bien no sean del mejor gusto.

—¿Y qué vale todo eso, comparado con el aspecto que presenta una plaza momentos antes de salir el primer bicho? Los ecos característicos de los clarines y timbales, la gallarda apostura y los bizarros trajes de los diestros, la confusion natural que se produce al sentarse los espectadores impacientes, las pequeñas disputas que tienen lugar entre éstos sobre cuestion de localidades, la emocion natural, en fin, que se apodera de todos cuando se espera ver salir á la fiera bramando, irritada y escarbando la arena; y todo esto bajo un cielo azul, iluminado por los alegres rayos del sol, en medio de un pueblo alegre, animado y entusiasta, que goza con toda su alma ante un espectáculo casi tradicional para él, y que tan en armonía está con sus gustos é inclinaciones...

—Pasito, pasito, amigo mio, y permítame V. rectificar algo sobre sus últimas palabras: doy de barato todo eso que ha dicho V. sobre animacion, trajes, clarines, emociones, etc.; pero no puedo tolerar que calumnien V. al pueblo español, tan distinguido siempre por la humanidad de sus sentimientos, y que se haria digno de las más graves censuras si al presenciarse un espectáculo en el que, no solamente corre la sangre de inocentes animales tan útiles al hombre como los que allí parecen, sino la de seres racionales que no por ser toreros dejan de ser prójimos nuestros, lo hiciese, no arrastrado por un simple movimiento de curiosidad ó por la fuerza de la costumbre, sino porque ese derramamiento de sangre estuviese, como V. ha dicho, en armonía con sus gustos é inclinaciones.

—Pero hombre de Dios, ¿á dónde va V. á parar con toda esa retahíla de argumentos, ni á qué vienen ahora consideraciones filosóficas, tratándose de una corrida de toros? ¡Pues no parece, al oírlo á V., sino que se trata de alguna cosa del otro mundo, para hacer sobre ella tantos aspavientos! ¿Qué ha hablado V. ahí de sangre y de matanzas? ¿A qué llama V. bárbaro? ¿Por ventura, no lo es aun más el ir á ver todas las noches á un gimnasta, que no por serlo deja de ser tambien prójimo nuestro, subir á una altura de 50 ó 60 piés, y allí, sin más aparato ni más defensa que un palitroque atado con dos cuerdas, colgarse cabeza abajo, y hacerse aplaudir por un público que, al aplaudir, no se deja llevar solo por un sentimiento de admiracion á sus peligrosos ejercicios que para mí, sea dicho de paso, no tiene nada de particular, sino porque estando á una altura tan considerable y sin nada debajo de sí que le sostenga, puede proporcionar tambien el interesante espectáculo de caerse y romperse la cabeza ó estrellarse en el suelo? No hace tanto tiempo, me parece, que uno de esos atrevidos gimnastas cayó encima de la lucerna del Circo, y desde ésta al suelo, causándose en su desastrosa caída graves lesiones, y produciendo con ella el susto y la alarma consiguientes... ¿Y á eso llaman divertirse? ¿Y qué me dirá V. de las bárbaras luchas de los modernos pugiladores ingleses que, á sangre fría y por solo un puñado de libras esterlinas, se entretienen en andar á puñetazos, rodeados de un pueblo entusiasta que los aplaude y se mezcla en sus apuestas? Y no me canso en referir á V. otros ejemplos que naciones que están ó dicen estar á la cabeza de la civilizacion nos ofrecen continuamente. En esa misma Inglaterra tan decantada, que se divierte como he dicho anteriormente, andando á cachetes y mociones, ¿no se hace uso aun del bárbaro y afrentoso castigo de dar de palos á los pobres soldados? En esa Francia, cabeza hoy de la civilizaciou, en ese París, emporio del progreso y la grandeza social, ¿no se precipitan las gentes todas las noches en el viejo teatro de la plaza de San Martín, para gozar del filantropico y sublime espectáculo que ofrece un hombre encerrado en una jaula con cinco leones que amenazan devorarle, y que la mejor noche harán con él una succulenta cena á la vista del público?... Desengáñese V., amigo mio, en todas partes tiene que haber algun espectáculo que sea para los sentidos lo que la mostaza y la pimienta para los estómagos gastados, es necesario que en él goce el hombre de libertad y expansion, y uno por otro, á mis corridas de toros me atengo, y á los que tanto vienen hablando en contra de ellas, y echándonos en cara, les contestaré con este refran tan conocido de todos: *Unos llevan la fama, y otros cardan la lana*.

—Si á refranes venimos á parar, tampoco me han de faltar á mí, y á fé á fé que no vendría mal aquí aquel de *En el ojo de mi vecino veo una paja, pero en el mio no veo una tranca*. Porque los ingleses, los franceses y otras naciones padezcan esa especie de aberracion en sus diversiones, y ofrezcan, por desgracia, espectáculos indignos de pueblos civilizados, ¿habremos de tolerar nosotros, por ventura, los nuestros siendo tan dignos de censura? ¿Por qué no imitamos con todas nuestras fuerzas lo que ellos hacen grande y digno de alabanza?... ¿por qué no los seguimos al ménos, en cuanto nos sea posible en la rápida y progresiva marcha que llevan por el

camino de la civilización, haciendo florecer la industria, la agricultura y el comercio, fuentes de riqueza pública, y las más sólidas bases que sostienen el edificio social?... ¿Por ventura la clase de fiesta, ya que así ha dado en llamarse la de que nos ocupamos, no lleva el sello de la degradación y de la brutalidad?... ¿A que vamos á ella? ¿Qué objeto si no laudable, provechoso al menos, nos proporciona? Es preciso ser claros, y sobre todo, francos. Fuera de allí nos condelemos fácilmente de cualquiera desgracia por pequeña que sea; pero allí, no solo no lo hacemos, sino que casi nos complacemos en el peligro que corre el hombre en su lucha con la fiera, por más que deseemos todos unánimes que el primero salga incólume de ella; y esto no admite duda: suprimáse las astas de los toros, ó inútilíense al menos para hacer daño, quítense á las picas, baquerillas y espadas la acerada punta que hiera ó mata al animal, y anúnciese corridas de toros.... ¿Iria mucha gente?... Me parece que no. Lo que allí nos lleva, es la curiosidad, el deseo de ver el resultado dudoso de esa lucha entre el hombre y su fiero antagonista, en la que uno de los dos ha de quedar tendido en la arena del circo. Si en el momento en que un espada ó matador, al ponerse frente á su terrible enemigo, se sintiese poseído del natural temor que éste inspira, y acobardado ante el vago instinto de una muerte fácil y cercana, renunciase á darle muerte, ¿qué sucedería? El público le apostrofaría con los más indignos deuestos é imprecaciones, ó tal vez emplearía para convecerle alguno de esos argumentos *in solidum* de que suele echar mano, y la autoridad, le sacaría una multa ó le daría á escoger entre *irse al toro* (son palabras técnicas) ó ir á la cárcel. ¿Y es esto tener en algo la vida de un hombre? es claro, V. dirá; yo pago mi dinero para que el programa de la función se cumpla al pié de la letra y en el supuesto caso que acabo de citar, saldría V. disgustado y pesaroso de la función, porque había faltado la parte más interesante de ella. Si el hombre sucumbe, V. no tiene la culpa; ¿para qué tiene ese modo de vivir? (de morir diría yo), nadie le obliga á ello, y en último resultado, si no se sentía con valor bastante para arrostrar la muerte, que no hubiera salido á la plaza.... y no se nos ocurre que ese hombre que palidece ante la inminencia del peligro, tiene detrás de sí una esposa querida, que pasa la tarde arrodillada ante un cuadro de la Virgen de los Dolores, pidiéndola que deje volver á su marido sano y salvo, y tal vez dos ó tres criaturas inocentes, á las que la pérdida de su padre sumiría en la miseria. Esto es lamentable, señor mio, y es preciso no ser tan egoístas, tratándose de la vida de los demás.

—¡Bravo por el sermón, señor don Justo! y no lo hubiera hablado mejor el predicador más afamado; al oírle á V., siento uno impulsos de ir á hacer confesión general, como pecador empedernido en esta clase de crímenes.... Pero venga V. acá, santo varón, y dígame: ¿No eran nuestros padres y nuestros abuelos mucho más cristianos y tímidos que nosotros? ¿No vejetaban bajo

un régimen absoluto, y si se quiere hasta fanático, viéndose además amenazados constantemente por el sombrío y terrible tribunal de la Inquisición? Pues toros tenían, y de algo más preponderancia y lucimiento gozaban esta clase de diversiones. ¿No las toleró el austero y fanático Felipe II, ó por lo menos nada hizo en su contra Felipe V, monarca francés, y como tal no aostumbrado á ellas, ¿se atrevió á prohibirlas? y así podría citarle á V. mil ejemplos de la tolerancia y hasta de la protección de que han sido objeto. Los grandes de España, los primeros títulos de Castilla no se desdaban, antes al contrario, en lucir sus brillantes trenes y soberbias cabalgaduras, rejoneando toros como caballeros en plaza, luciendo su bizarra postura delante de las damas más hermosas de la corte, y de los monarcas que con su presencia solemnizaban la fiesta; viniendo ahora á los tiempos actuales, ¿no ve V. agolparse todas las clases de la sociedad un día y otro á las puertas del circo, sin que la vista continúe de un espectáculo, siempre el mismo, y que no es susceptible de variación, les fastidie ó les repugne? Pues entonces, si el pueblo se divierte en él; si además es uno de los pocos restos tradicionales que en toda su pureza nos quedan al través de tantos años, y que solo por eso no debe abolirse, y por último, si los gobiernos, y por consiguiente las autoridades, no los prohíben, claro está que dista mucho de tener esa mala índole que V. en su antagonismo le ha querido dar.

—Esa no es una razón, y no solo no lo es, sino que dista mucho de serlo. ¿Es decir que basta que se tolere una cosa por quien tiene el derecho de impedir que se haga para que por eso solo sea ésta justa y razonable? ¿Se prohíben acaso las carreras y alaridos que, con detrimento de los pies y los oídos de los pacíficos transeúntes, tienen lugar en las calles de Madrid la víspera del día de Reyes, y sin embargo creo que estén en este caso? ¿No se consiente que desde un mes antes de Navidad nos rompan los oídos enjambres de chiquillos con el destemplado y atronador eco de los tambores y chicharras?... ¿Y el ridículo é impropio entierro de la sardina?... Y, sobre todo, ¿y el impercedero juego de la lotería, abismo de tantos bolsillos? ¿Y tantas otras cosas que deberían estar abolidas, unas de hecho y otras de derecho? Si nosotros repugnásemos, como debiéramos, ir á presenciar esas corridas de toros, que han dado lugar, vergüenza me da el decirlo, á que se prostituya el divino nombre de arte, haciéndole extensivo á semejante espectáculo, los lidiadores se dedicarían á olvidar el arte del torero y á ganar su vida de otra manera menos expuesta y más provechosa; los animales, que encuentran allí una muerte traidora é ignominiosa, acabarían su vida siendo útiles al hombre, que tantos recursos encuentra en ellos, y finalizaría la costumbre que nos hemos creado de asistir á él, pudiendo asegurar á V. que entonces ningún Gobierno, sea cual fuere su manera de ser, se lamentaría de ello, ni trataría de volver á ponerle en uso; por otra parte, y si, por lo que V. dice tiene

de tradicional, hubiera de conservarse, V. como yo comprenderá lo ilógico de su razonamiento, pues lo malo debe desecharse, proceda de donde ó cuando quiera, y por esta razón que V. da, también deberíamos conservar la Inquisición con sus hogueras y su tropa de familiares y verdugos, siquiera fuese solo por lo que tiene de tradicional. Desengáñese V., amigo don Marcos, nosotros tenemos que ir en pos de la civilización y del progreso, astros brillantes que han empezado á dejar sentir su luz y su calor vivificantes en el presente siglo, y mal se aviene querer hacer innovaciones y mejoras en todas las cosas, dejando, por otra parte, sin extirpar abusos inveterados, que solo se conservan por indolencia y abandono. No quiero prolongar más esta ya enojosa cuestión; cada loco con su tema; siga V. con su constante afición á lo que por un contrasentido han dado en llamar fiesta, que yo á lo dicho me atengo, confiando, como confío, en que llegará un día, aunque lejano, en que costará trabajo creer que un pueblo tan noble, tan grande y tan filantrópico como el español, haya concurrido por espacio de tantos años á recrearse con el sangriento espectáculo de las corridas de toros.—Beso á V. la mano.

Hasta aquí el diálogo que el lector acaba de leer. Nosotros, que habíamos permanecido en silencio para no interrumpir á los argumentistas, así que el debate hubo dado fin, nos apresuramos á levantar el campo, lamentando la ceguera del uno y la candidez y buena fé del otro, asomando á nuestros labios una ligera sonrisa de duda al recordar sus últimas palabras, murmurando esta canción, que oímos no sé dónde:

Todo lo dicho es cierto,  
mas yo te digo:  
predicar en desierto,  
sermón perdido.

M. P. DELGADO.

## CASCABELES.

Sentimos mucho la desgracia del popular actor Mariano Fernandez, que acaba de perder uno de sus hijos.

Terminadas las representaciones de la linda comedia *Quien debe paga*, se ha puesto en escena en el Príncipe, la de Rubí, *La escala de la vida*, que ha sido muy bien desempeñada por la señora Palma, el señor Arjona y el señor Catalina (don Manuel).

El público ve siempre con gusto esta obra, que tiene verdadera importancia moral y filosófica.

## EL HIJO DEL SACRISTAN.

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

D. CARLOS FRONTAURA.

CAPITULO XIV.

A MADRID.

(Continuacion.)

—¿Nada más?...

—Saldrá un jóven, rubio, ó una señora anciana, y á cualquiera de los dos entrega V. esto, diciendo: Para don Luis Saavedra.... y baja V. sin detenerse ni decir que es una señora la que le envía á V.

Y le puso en la mano una esquila.

—Pues, ¿qué digo?

—Que es un señor que no sabe V. quién es; pero más vale que no se espere V. á decir nada.... ¿V. ha venido de algun pueblo?

—Sí, señora.

—Por eso me valgo de V. V. no me conoce ni me volverá á ver. V. se volverá al pueblo, ¿no es verdad?...

—Sí, señora, contestó el lugareño, despues de pensar un momento.

—Bien, pues suba V., y en aqual portal de enfrente le espero. Cuidado con decir quién le ha dado á V. la carta.

—Pierda V. cuidado, señora.

Y en efecto, entró en la casa que la señora le había indicado, subió la escalera, llamó en la última puerta, y nadie le respondió.

Llamó otra vez, y no obtuvo contestacion alguna.

Y se decidió á bajar, pero al bajar pensó el jóven y se dijo:

—Si devuelvo la carta á esa señora, como quiera que no he podido hacer el servicio que me ha ofrecido pagar, me pagará, sí, pero me pagará menos.... Ella me ha dicho que entregue la carta á una señora anciana ó á un jóven rubio.... Bien, pues le digo que he entregado la carta y me quedo con ella.... y luego, más tarde, vengo y la entrego.... En esto me parece que no hay nada de malo.

Y resuelto ya á mentir, guardóse la carta en el bolsillo, bajó la escalera en cuatro saltos, dirigiéndose al portal donde le esperaba la señora, y dijo á ésta:

—Ya está.

—¿Quién ha abierto la puerta? preguntó la señora.

—Una anciana, contestó, y apenas la conociera si

la volviera á ver, porque no he hecho mas que darle la carta y echar á correr por la escalera ab jo.

—Gracias, dijo la señora, poniéndole al mismo tiempo en la mano el duro prometido; y con esto, la señora echó á andar hácia donde tuvo por conveniente, y el jóven se quedó en medio de la calle con su duro en la mano y la carta en el bolsillo; y sucedió que frente por frente había un establecimiento donde se practicaba la obra de Misericordia, que consiste en dar de comer al hambriento, solamente que esta obra misericordiosa no se practicaba en aquel establecimiento sino mediante el pago equitativo de lo que se pedia para satisfacer el apetito. No le faltaba al forastero, y más se le abrió desde que tuvo un duro en la mano. Bravamente entróse por la fonda adelante, que era un bodegón con perdon de VV., donde comían todos los aguadores de la fuente próxima, los mozos de cordel de la esquina, y algunos pobres vergonzantes, á quienes solía fiar el fondista, exponiéndose á chascos muy pesados. Allí comió el mozo de lo mejor que había, que era un lomo en adobo, procedente de la matanza de años anteriores, y despues de apurar un jarro de vino, pagó el gasto, que solamente ascendió á cuatro reales de vellón y al devolverle el bodeguero las cuatro pesetas sobrantes del duro que dió á cambiar, dijo para sí:

—Ya tengo para comer cuatro días.

Y saliendo del bodegón, echó á la ventura por las calles de Madrid, deteniéndose á cada paso como quien de todo se sorprende y todo le parece nuevo y extraordinario, no dejándole de llamar la atención, sobre todas las cosas, las mujeres, que en nada las hallaba parecidas á las que había dejado en la aldea; y en efecto, no deja de ser curioso y agradable ver las mujeres que pasean las calles de Madrid, porque Madrid es, de toda España, el punto donde se reúnen más mujeres de buen ver, toda vez que las hay de todas las provincias más célebres por sus mujeres, y además hay las madrileñas, que reúnen en sí mismas todos los encantos propios del sexo. Me explicaré, para que me entiendan VV. mejor. Las mujeres de las provincias vascongadas tienen magnífico pelo; las andaluzas, tienen los ojos que ya conocen VV., y los pies, que por pequeños é invisibles, nadie ha podido ver jamás; las catalanas tienen arrogancia y gallardía; en las gallegas se encuentra extraordinaria perfección de facciones, y nada les digo á VV. de las valencianas, murcianas y alicantinas, que recuerdan las bellezas árabes que aquellos moros barbarotes, dominadores de España, tuvieron para su regalo al decir de las crónicas: las mujeres de Madrid tienen cada una todas esas perfecciones. Y prosigo con mi cuento.

Todo Madrid recorrió el protagonista de esta historia el primer día de su llegada á la corte; andando andando, llegó á un edificio donde vió entrar gente, sin que el centinela que se hallaba á la puerta

pusiera obstáculo alguno, y movido de la curiosidad, entró también; subió por la misma escalera por donde subían los demás, y hallóse al fin en un pequeño recinto, con un balcón al fondo, que daba sobre una especie de patio cubierto, en el cual había gran número de señores, sentados en cómodos bancos ó yendo de un lado á otro, y allá enfrente, sobre una gradería, varias mesas y un trono, y un sinnúmero de cosas, cuyos nombres y significacion ignoraba de todo punto el forastero. Habíase entrado nada menos que en el Congreso de los Diputados, que se hallaban en aquel momento en sesion; el muchacho no era nada tímido, y como no podía explicarse nada de lo que veía, creyó lo más oportuno preguntar á un señor que allí estaba en la tribuna sentado y como aburrido, el cual le explicó que aquello era el santuario de las leyes, y que aquellos señores de abajo no eran nada menos que representantes del país, encargados de velar por él y de hacer su felicidad, y que aquellos otros siete padres maestros, que estaban cruzados de brazos en aquel banco azul, eran los siete ministros, ó sean los encargados de la gobernación y administración del país, á los cuales ajustaban las cuentas los caballeros sentados enfrente, y los defendían de todo ataque brusco los colocados detrás del banco ministerial. Como el hijo del sacristan no tenía nada de lerdo, pronto se impuso de lo solemne, grave é importante de aquel acto á que por casualidad asistió, y no dejó de halagarle que allí se le dejara entrar á él, pobre y oscuro paleta, que no significaba más en el mundo que un grano de arena en la mar.

Con profunda atención escuchó todo lo que dijeron los diversos oradores que tomaron parte en el debate, y cuando se levantó la sesion y tuvo que salir de la tribuna, salió diciendo, ó mejor dicho, pensando:

—¿Y quién me dice á mí que yo no podré ser uno de esos?

Nadie se lo decía, en efecto; pero si alguien se lo hubiera oído decir, hubiérase reído grandemente del miserable lugareño.

Era ya de noche; estaba muy cansado y necesitaba descansar, y no sé dónde hubiera descansado, á no hallar, al volver una esquina, un farol, que colgado de un balcón, ostentaba en sus cuatro frentes este letreró:

CASA PARA DORMIR.

Y como esto era entonces lo que le pedia el cuerpo, entró en la casa, dió dos reales que le pidieron, llevóle á un salon donde había varios camastros, señaláronle uno de ellos, y sin más explicaciones, se desnudó, guardó debajo de la almohada la carta y los catorce reales que le quedaban, y se durmió profundamente.

(Se continuará.)

Leamos el siguiente anuncio en un periódico:  
 • A los señores grandes de España.—Se venden dos grandes y hermosos penachos blancos, con sus chapas doradas á fuego, y pluma fina y con marabús.  
 Si así como yo soy chico de España fuera grande de España, diría al leer el anuncio anterior:  
 —Hasta ahora si que no me ha dicho nadie otro tanto.  
 Rasgos de esa naturaleza no necesitan comentarios.

En la plazuela de Santa Ana hay un oso atado, que hace las delicias de los muchachos.  
 Puede que el mejor día le eche la zarpa á uno.  
 El oso que está allí ocioso, no debiera estar allí...  
 Para osos, ya hay por ahí bastantes que hacen el oso.

Los ministros de la Gobernación y de Fomento, se han inscrito en Zaragoza como hermanos de la Hermandad del Refugio.

Los Bufos Madrileños pusieron en escena el martes una zarzuela: á la que, para mayor atractivo sin duda, habian dado el nombre francés de *vaudeville*, titulada *El camisolín de Pao*.

La obra, de la que habíamos leído antes en los periódicos grandes elogios, reflejo sin duda de los que la empresa y los actores hacían de ella durante los ensayos, es un mamarracho de tal calibre, que el público no quiso ver el final, y hubo silbidos y otras demostraciones igualmente significativas.

Nos parece que el tiempo nos va dando la razón en lo que dijimos respecto de los Bufos madrileños. Estos señores van demostrando especial tino para elegir las peores seguramente de entre las obras que se les presentan.

Por lo que valga, advierto que yo no he presentado ninguna, aunque siendo, como sería, peor que todas, ya la hubieran ellos elegido.

Un anuncio del *Diario de Avisos* dice así:  
 • Se desea hallar un barbero que quiera traspasar una parroquia de fuera, que no baje de 200 rs.  
 Me parece bien eso de traspasar una parroquia de fuera.

Otro anuncio:  
 • Se venden tres balcones de miriñaque.  
 No me queda que saber más.  
 ¡Hasta á los balcones ha llegado la moda del miriñaque!

**Geroglífico del número anterior.**

Una mano lava la otra, y las dos la cara.

Un quinto ha sido declarado inútil por tener el corazón á la derecha.

¿Y eso qué?  
 Corazón á la izquierda ó la derecha, ¿qué más da?  
 ¿Dejará por eso de ser un hombre de corazón? Si fuera desechado como tenor de zarzuela, ya se comprendería. Un amante que se echa la mano al corazón de la derecha, daría que reír.  
 Pero siendo militar, ¿qué más tiene el valor á un lado que á otro?

**CHARADITA.**

Ves mi primera y segunda,—en raudos vuelos, girar—liberamente por los aires,—y en torno al limpio caudal—del murmurante arroyuelo,—blandos trinos exhalar,—mi segunda es verbo activo,—y el mismo verbo hallarás—en mi segunda y primera,—aunque en tiempo desigual—En nuestros fértiles campos—veo florecer azaz—magnífico y azulado—tercera y cuarta, del cual—blanco tejido fabricase—en cualesquiera ciudad,—mi cuarta, jamás me place,—cuando voy á enamorar,—oir de los lábios puros—de alguna dulce beldad,—es del dialecto gallego,—vocablo particular,—mi cuarta á segunda unida,—mi prima fácil vocal,—y segunda y ésta, forman—lo que sirve para atar.—Mi todo, lector, es nombre—propio de un hijo de Adam,—y yo tengo cierto hermano—que en la pila bautismal—le pusieron dicho nombre—tres ó cuatro lustros há.

Los periódicos han anunciado que estos días estarán abiertos los camposantos.

¡Para que abramos los cielos con el rezo y la oración á nuestros padres y abuelos y otros abran su afición al vino, lomo y buñuelos!

En el número próximo la continuación de *Lo que se ve y lo que no se ve*.

Se ha descubierto el medio de conocer la edad de los caballos de ocho años para arriba.  
 Malo para los chalanos y gitanos.  
 Pero no se ha descubierto el medio de averiguar la edad de una solterona de cuarenta años para arriba.

**Charaditas del número anterior.**

1.ª—ARTEMISA.—2.ª—FERIA.

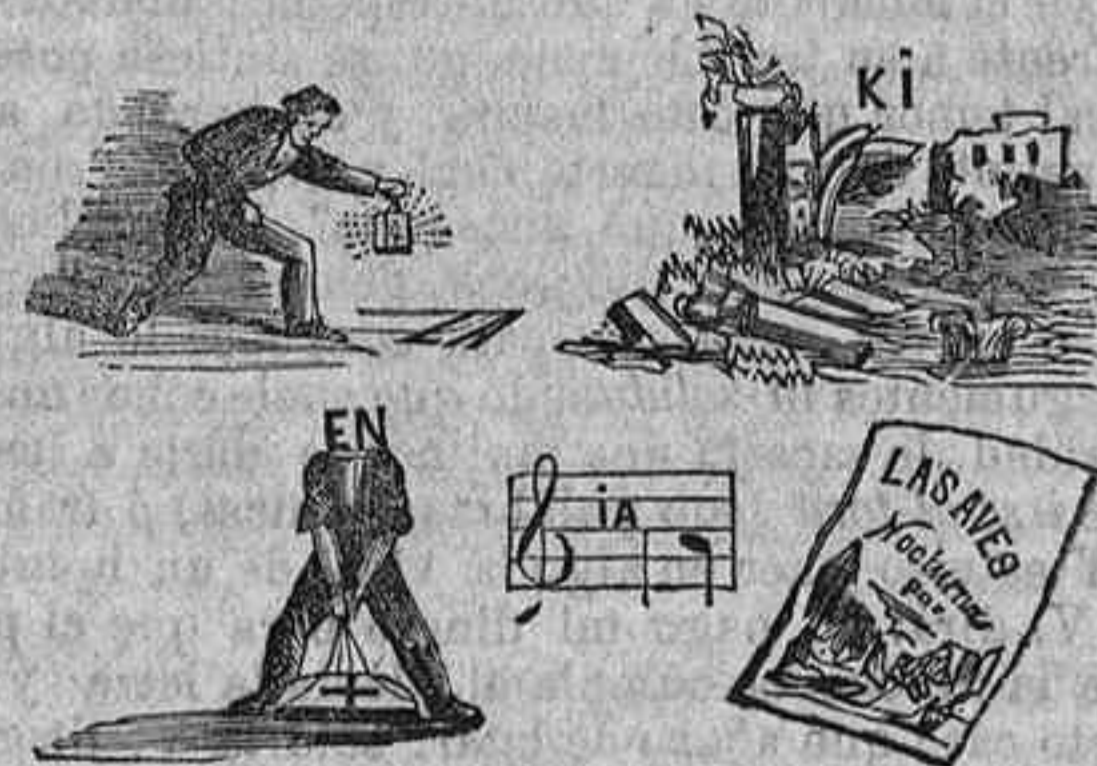
Se anuncia un nuevo establecimiento de *artículos de dormir*. Esos artículos son colchones, camas, etc.  
 Pues nó, señor, esos son artículos de acostarse, pero no de dormir.  
 Un artículo de dormir sería una adormidera, por ejemplo, ó

los sueltos de *La Correspondencia* y algunos artículos de ciertos periódicos que dan sueño cuando no quitan la gana de comer.

Caballero, apénas lea V. este sueltito, véngase V. por esta Administración á comprar los *Romances populares* que he publicado en un tomo de más de 300 páginas.  
 Lo mismo digo á V., señora.  
 Si son VV. suscritores, 6 realitos les cuesta á los de Madrid y 8 á los de provincias, enviándolos á la Administración en selillos de 50 céntimos.

Hemos recibido el prospecto de un periódico literario, titulado *El Bachiller*.  
 Deseamos gran fortuna á esta publicación, que será un constante testimonio del aprovechamiento y aplicación de sus redactores, que son estudiantes de grandes esperanzas.

**GEROGLÍFICO.**



**ROMANCES POPULARES**  
 POR D. CÁRLOS FRONTAURA

Un tomo de 320 páginas.—6 rs. á los suscritores de EL CASCABEL.—8 á los que no lo sean.—Se vende Hilera, 4, Administración de EL CASCABEL.  
 Para provincias, 8 y 10 respectivamente.

**ANUNCIOS.**

**PERFECTA SALUD A TODOS.**

*La Revalenta Arábica du Barri de Lóndre*, cura sin medicina y sin gastos las gastritis, gastralgias, dispepsias, constipaciones, hinchazones, flatos, insomnios, diarreas, náuseas, pituita, hipo, acedías, reumas, catarros, fiebres, toses, asma, tisis, debilidad, histérico, neuralgias, herpes, enfermedades de la garganta, de la vejiga, de la respiración, de los riñones, de los intestinos, de los nervios, del hígado, de la mucosa, del cerebro y de la sangre.

Esta deliciosa harina de salud economiza mil veces sus precios en otros remedios: 65,000 curaciones de enfermedades rebeldes á todo tratamiento, en cuyo número está comprendida la feliz curación del Santo Padre Pío IX, de la marquesa de Bréhan, del duque de Pluskow y otros.

En cajas de media libra, 12 rs.; una libra, 20; 12 libras, 170; 24 libras, 300. *Casa du Barry y compañía*, núm. 1, calle de Valverde, Madrid.

Depósito: Madrid.—Sr. Borrell, Sr. don Vicente Miquel, Sr. don Carlos Ulzurrun, Sr. Sanchez Ocaña, Sr. Escolar, Sr. Miquel de Celis, Sr. don Carlos Prast, Sr. don Fernando Alonso, Sr. Lenguas Palacios.—Atención: Sr. Soler, señor Rodríguez Hernández.—Bilbao: Sr. don José María de Somonte.—Barcelona: Sr. don Agustín Massana, Sres. Fortuni y compañía, Sres. Martí y Artigas.—Cádiz: don Ramon Pinal.—Córdoba: Sra. viuda de Avilés.—Figueras: Sr. don Francisco Fabre.—Gibraltar: Sr. Roberts.—Logroño: Sr. don Maximino Zardoya.—Málaga: Sr. don Jorge Hodson.—Murcia: Sr. don Rafael Almazan y Martínez.—Oviedo: Sr. Martínez.—Valencia: señor don E. Jimenez, Sr. don Manuel Mezquita, Sr. don Ramon Rivés.—Valladolid: Sr. Perez Minguez. 46

El antiguo cosechero de garbanzos de Fuentesauco, que tantos años lleva surtiendo en esta corte, avisa á sus parroquianos haber llegado con gran remesa de dichos garbanzos, los mismos que se expenden desde 28 rs. arroba en adelante.

Al mismo tiempo, aceite de Montoro, á 22 cuartos libra. Jabón de Mora, á 22 id. Calle de Silva, núm. 43, lonja de ultramarinos. 1

Postas, 13, esquina á la de San Cristóbal.—En esta casa encontrarán las señoras, lanillas para trajes, desde 2 1/2 rs. vara. Toda persona que compre un vestido, se la dará dos décimos de la lotería de la Utilitaria, que tan buenos premios está dando. 40 rs. de consumo, dos décimos: 100 rs., cinco décimos. 10 d.

**SOCIEDAD VINÍCOLA EN ESPAÑA.**

Los vinos añejos de esta Sociedad, elaborados al estilo de Burdeos en las bodegas modelo de Buenavista, se expenden únicamente en su depósito central de la calle de Tetuan, núm. 17, que no hay que confundir con el núm. 23.  
 Sus precios varían desde 2 á 10 rs. botella.  
 Surtido completo de vinos y licorosos extranjeros. 9, 12, 16, 19, 23, 26, 30.

**TERMAS DE MATHEU EN ALHAMA DE ARAGON.**

Por efecto de las curaciones obtenidas en este establecimiento balneario durante los inviernos de 1866 y 1867, y que ha publicado el doctor Carril en su Memoria y en los números 672, 675, 677 y 688 de *El Siglo Médico*, se seguirá abierto todo el año. Las habitaciones y galerías de las fondas de la Montaña y de San Fermín, alfombradas las de primera clase y esteradas las de segunda, y provistas todas de chimenea ó estufa, conservarán una temperatura de 16 grados. Las personas que tengan que pasar la gran cascada para aspirar la pulverización natural, producida por los 222 litros por segundo del agua calcificada de termo-acídulo carbónico-ferroso-azoada que en aquella se precipita, serán conducidas en carruaje en este corto trayecto. Recordamos á los padres de familia que la coqueluche ó tos ferina, que diezma la humanidad en su infancia, se cura radicalmente con estas inhalaciones, sin que hasta hoy se haya presentado un caso en que esta enfermedad no haya sido completamente curada, y recordamos igualmente á los afectados de los órganos respiratorios, que dichas inhalaciones son un poderoso remedio para la curación, ó cuando ménos alivio, de estas enfermedades.

En la fonda de San Fermín hay habitaciones encima de los establos de vacas para las personas delicadas que necesitan respirar una atmósfera saturada con los gases de aquellas. Además de las citadas enfermedades, el doctor Carril menciona haber obtenido satisfactorios resultados durante la rigurosa estancia en las personas que se han presentado con ataques nerviosos reumáticos, de la orina, de las vías respiratorias y parálisis.

Estas aguas tienen un gusto exquisito, y su temperatura 34° centígrado, ó sea un grado más que los otros manantiales. Este establecimiento tiene un largo paseo de invierno, guarecido del aire Norte.

Los precios de alojamiento y comida, varían de 20 á 50 rs. diarios 10 J.

**COMPENDIO**

completo y práctico del impuesto vigente sobre traslaciones de dominio,

**DERECHO DE HIPOTECAS,**

ó sea repertorio general de todas las disposiciones que rigen en el ramo, con arreglo á la legislación anterior á 1.º de Junio de 1867 y á lo que establece la ley de presupuestos de 1867 á 1868, con modelos y estados oficiales para las administraciones de Hacienda pública, los liquidadores y notarios, seguido de un apéndice que contiene las principales leyes vigentes sobre redención de censos, tablas y fórmulas para su reducción y capitalización, todas las disposiciones vigentes hasta el día acerca del uso de papel sellado y las de diversos impuestos modernos, con modelos y estados oficiales y otros muchos datos de interés general, publicado por la redacción de *La Gaceta de Regi tradore y Notario*.

Forma un tomo de 236 páginas en 8.º prolongado, y se vende en Madrid á 8 rs.; en provincias á 10, remitiendo libranzas ó sellos al administrador de dicha *Gaceta*, calle de las Huertas, 28. También se encuentra en las principales librerías de Madrid y provincias. Al que tome 20 ejemplares se le da uno gratis. Véndese asimismo en la Administración del *Diario Oficial de Avisos*. 1

**VALENTIN GALVEZ.**

**CAMISERO DE CÁMARA DE S. A. R. EL SERMO. SR. PRÍNCIPE DE ASTURIAS**  
 Puerta del Sol, números 11 y 12.—Madrid.

El señor Galvez pone en conocimiento de su numerosa clientela haber aumentado el ramo de guantería, y para el buen desempeño de este nuevo artículo, ha puesto al frente un entendido dependiente, que por espacio de algunos años ha dirigido las primeras fábricas de esta corte.  
 Al mismo tiempo pone también en conocimiento del respetable público, que ha recibido un magnífico surtido en artículos de punto, corbatas, pecheras bordadas y otras novedades para la estación de invierno.  
 Todos los géneros han sido escogidos en las primeras casas de París, que han merecido las primeras medallas en la Exposición Universal de 1867.

**Polvos-tinta Mayer, ó sea la Reina de las tintas, perfeccionada y en polvos.**  
 Único depósito, calle de Tetuan núm. 14, almacén de papel pintado.—Se dan prospectos. 8

**FONDA DEL COMERCIO.**

Alcalá, núm. 1, esquina á la Puerta del Sol. Hospedaje con un esmerado servicio desde 20 rs. adelante. Cubiertos desde 6 arriba. 11

**ALMONEDA.**

En la calle de Cañizares, núm. 1, frente á la Iglesia de San Sebastian, se hace almoneda de telas de ana para vestidos, orlean y merinos negros, percalinas, que se darán á 12 y 14 cuartos, y superiores á 15 cuartos; mad polanes á 16 cuartos, y de primera á 2 rs., y anchos superiores, á 2 1/2 y 3 rs. Pañuelos de lana, del precio de 50 y 60 rs., se darán á 26 y 30 rs. Cúties de hilo para colchones, dibujos nuevos, del precio de 11 á 13 rs., se darán á 8 1/2, 9 y 10 rs., y anchos, clase superior, del precio de 19 á 22 rs., se darán á 13, 14 y 15 rs. Mantas de Palencia, del precio de 36 á 40 rs., se darán á 28 y 30 rs., y las de 60, á 45 y 50, y grandes, del precio de 6 y 7 duros, á 80 y 90 rs. Inglesas, del precio de 8 á 9 duros, se darán á 100 rs., y superiores, de 11 á 12 duros, se darán á 120 y 140 rs. Lienzos para sábanas, de 2, 2 1/2 y 3 varas de ancho, y para camisas fino, de 4, 4 1/2 y 5 rs. Holandas de hilo redondo, retortas, retores, bus juelas, camisetas y pantalones de punto, medias, franetas blancas y de color, camisas para hombre y para señora, bordadas y lisas, chambras, pantalones y enaguas, entredoses y tiras bordadas, faldas para niño, pantalones de hilo blancos, refajos, abrigos y medias de estambre para niño, muletones labrados superiores, y otros muchos artículos, que se darán muy arreglados para su pronta realización.

**ESPECIALIDAD EN VINOS TINTOS Y BLANCOS DE MESA.**  
 BODEGA ESPAÑOLA, CALLE MAYOR, 119.  
**LA VERDAD EN VINOS ESPAÑOLES.**

PRECIOS A DOMICILIO.  
 Vino tinto 45 y 50 rs. arroba. Idem embotellado vuelto el casco, 2 1/2 y 3 lo comun.

NO A DOMICILIO.  
 40 y 45 rs. arroba. Botellas Valdepeñas y Rioja 1865. 6 rs. Blanco amontillado, 6.  
 NOTA. En la Carrera de San Gerónimo, número 5, tabaquería, se reciben pedidos para dicho establecimiento.

**CON MUCHA URGENCIA.**

Se necesitan oficiales de sastré, calle de Santiago, núm. 5, cuarto principal.

MADRID: 1867.—Imprenta de EL CASCABEL, á cargo de RAMON BERRAJO, calle de las Hilera, número 4, bajo.